Libros del Asteroide

Fredrik Sjöberg

El arte de coleccionar moscas

Traducción de Marc Jiménez y Petronella Zetterlund

Libros del Asteroide

Fredrik Sjöberg

El arte de coleccionar moscas

Traducción de Marc Jiménez y Petronella Zetterlund

Libros del Asteroide

Libros del Asteroide

Primera edición, 2023
Título original: *Flugfällan*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© by Fredrik Sjöberg, 2004
Publicado por acuerdo con agentur literatur Gudrun Hebel, Berlin
y con International Editors'Co., Barcelona

© de la traducción, Marc Jiménez Buzzi y Petronella Zetterlund, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Traducción de obras citadas: D.H. Lawrence: Jordi Fibla (Atalanta, 2007); Thomas de Quincey: Carmen Francí (Atalanta, 2007); Bruce Chatwin: Eduardo Galigorsky (Muchnik, 1997).

Imagen de cubierta: © iStock / ZU_09
Fotografía del autor: © Aase Berg

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.° 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-19089-64-9
Depósito legal: B. 14523-2023
Impreso por Kadmos
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado,
neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques
correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro,
y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

La editorial agradece al Swedish Arts Council la ayuda concedida para la
traducción de esta obra.

Libros del Asteroide

Índice

1. La maldición de la clase hambrienta 11
2. Entrada en la sociedad de las moscas 19
3. Una trampa en Rangún 29
4. El hombre que amaba las islas 41
5. El archipiélago de la botonología 53
6. René Malaise (1892-1978) 65
7. Narcissiana 77
8. El enigma *Doros* 91
9. A la sombra de un volcán 103
10. La red y la soledad 117
11. El árbol de las moscas 127
12. El anhelo del entomólogo 139
13. La lentitud 151
14. La isla que se hundió en el mar 165
15. La legibilidad del paisaje 179
16. El doctor Orlík y yo 189
17. El tiempo contado 199
18. Retrato de un viejo 209

Libros del Asteroide

Hay tres temas: el amor, la muerte y las moscas. Desde que el hombre existe, ese sentimiento, ese temor, esas presencias lo han acompañado siempre. Traten otros los dos primeros. Yo me ocupo de las moscas, que son mejores que los hombres, pero no que las mujeres.

Augusto Monterroso

Libros del Asteroide

1. La maldición de la clase hambrienta

Fue en la época en la que por las noches solía pasearme por las calles cercanas al Nybroplan con un cordero en brazos. Lo recuerdo muy bien. Había llegado la primavera. El aire estaba seco y podría decirse que polvoriento. La noche era fría y conservaba el olor de la tierra y de las hojas del año anterior que el sol tibio había calentado durante el día. El cordero balaba, desvalido, mientras yo cruzaba la calle Sibyllegatan.

Durante el día, el animal vivía con los mimados caballos del rey en las Caballerizas Reales, en Strandvägen, y suponíamos que también por la noche, en el teatro, debía de sentirse fuera de lugar. Aunque yo no sabía nada sobre corderos, era evidente que era joven. Tendría unas cuantas semanas. Hacer de metáfora viviente en el escenario debía de ser un suplicio, sobre todo porque la obra —*La maldición de la clase hambrienta,* del estadounidense Sam Shepard— resultaba a ratos violenta, ruidosa y pesada incluso para los seres humanos adultos. Solo podíamos esperar que el pobre animal apretara los dientes y pensara en otra cosa. Sea como sea, el caso es que fue creciendo, más rápido de lo que habíamos calculado.

Libros del Asteroide

En ese momento era yo quien tenía el problema. Mediante una brumosa mezcla de esfuerzo y casualidades, había llegado a tener un trabajo como atrecista en el Teatro Dramático Real, y como mi puesto consistía desde hacía un par de años en encargarme de la utilería de los distintos montajes, que podía llegar a ser bastante peculiar, era a mí a quien le tocaba ir a buscar al desdichado cordero a las Caballerizas Reales antes de cada representación. Lo llevaba en brazos. Aquella noche de primavera debíamos de ofrecer una estampa la mar de tierna. Y cuando se alzaba el telón, el cordero (que con el tiempo sería una oveja) tenía que entrar en escena y salir de ella, mantenerse en silencio y, a poder ser, no ensuciar el decorado, todo ello con la misma absoluta precisión que requería cualquier otro cambio de escenario. Y en la más completa oscuridad.

Antes del estreno, durante los ensayos, nos habíamos ingeniado un cordero mecánico, un artefacto velludo y rehenchido con una cabeza móvil y un altavoz incorporado que, en el momento preciso, cuando el regidor apretaba un botón, emitía unos balidos encantadores. Pero cuando el director vio el costoso robot, no se concedió más de cuatro segundos de reflexión antes de rechazar el apaño. Ni hablar. Si las instrucciones de dirección exigían un cordero de verdad, habría que trabajar con un cordero de carne y hueso, no con un juguete. Con eso se zanjó la cuestión, y me nombraron responsable del cordero. Y así fue como esa primavera empecé a preguntarme a qué me dedicaba en realidad, y por qué lo hacía.

Os preguntaréis qué se le había perdido en el teatro a un joven entomólogo. Es una pregunta embarazosa en

la que espero no tener que ahondar demasiado. Además, todo eso pasó hace mucho tiempo. Digamos, simplemente, que pretendía impresionar a las chicas; a un entomólogo no se le presentan muchas oportunidades en ese terreno. O digamos, mejor, que de vez en cuando todos necesitamos escapar para no convertirnos en una copia de lo que se espera de nosotros, y quizá también para atrevernos a recordar alguno de esos grandes y audaces pensamientos que hacen que un niño se levante en plena noche y, con el corazón palpitante, anote en un papel una promesa secreta sobre su vida.

En todo caso, era un trabajo emocionante. Interesante y fascinante para un recién llegado. Nada puede quitarle a uno el miedo como un gran teatro en una ciudad desconocida, nada embriaga más que los sueños que alojan sus paredes. Sin duda había muchas cosas que nunca llegué a entender acerca de los trucos de los dramaturgos o los subtextos de un manuscrito, sobre los matices y las notas al pie con letra pequeña; pero no me importaba, por lo menos al principio.

Bergman había vuelto de Múnich y todo era una fiesta. Shakespeare se representaba en la sala grande con gran alboroto, y los que andábamos con sigilo por las galerías superiores y entre bastidores transformábamos la menor visión del maestro en anécdotas sobre su magia legendaria y sus caprichos en pequeñas y sencillas historias que en los bares de la ciudad adquirían mayor dimensión y podían convertir a quien las relataba en objeto de envidia e interés. Gógol entraba como un crucero acorazado y Lars Norén aplastaba toda resistencia incluso entre el público más implacable. Strindberg, Molière, Chéjov. Puede que yo me relacionara con todo

Libros del Asteroide

eso con mayor libertad que el joven pelotón de tramoyistas, atrecistas, ayudantes de camerino, figurantes y asistentes con vagos cometidos, todo ese pequeño mundo que puebla los teatros, puesto que casi todos ellos aspiraban a convertirse en actores famosos, y sufrían amargamente con el éxito que otros cosechaban, así como con los caprichosos designios de las audiciones.

El trabajo solía ser llevadero. Acompañábamos un montaje desde los primeros ensayos hasta su retirada del cartel. Al principio había que entender al director, y sobre todo al escenógrafo, lo que constituye un arte en sí mismo; luego había que ensayar los cambios de escena con el reparto y comprobar el atrezo cuando llegaba del almacén y los talleres. Para cuando llegaba el estreno solíamos sabérnoslo todo de memoria.

Sin embargo, esta obra en concreto era especial. No solo porque el cordero, cada vez más inmanejable, era un constante motivo de inquietud, sino también porque se trataba de una obra con comida. Quiero decir que se cocinaba en el escenario. Sin duda, eso puede resolverse de varias formas bastante sencillas, pero ciertos directores y escenógrafos prefieren complicarlo. Es decir, piensan que si hay que cocinar, se cocina, sin trampa ni cartón. El coñac y la cerveza pueden ser zumo de manzana, pero la comida tiene que ser auténtica. En este caso había que preparar riñón a la plancha. El olor del riñón a la plancha llena una sala de teatro en cuestión de segundos, y consideraban que eso constituía una marca de autenticidad.

Cuando se apagaban las luces para los cambios de escena, los atrecistas entrábamos corriendo, como pececillos de plata en el suelo de un cuarto de baño, para

Libros del Asteroide

cambiar los muebles, quitar y poner la mesa, y sacar y meter diversos cachivaches, en este caso una carretilla, una puerta hecha pedazos y una gran cantidad de alcachofas, entre otras cosas. En uno de esos cambios a oscuras, pues, y sin más guía que la que nos ofrecían la memoria y unas diminutas cintas fosforescentes en el suelo del escenario, debíamos colocar unos riñones crudos en una sartén sobre un fogón como los que se suponía que había en las cocinas de las granjas estadounidenses de los años cincuenta. La cantidad de segundos que debíamos invertir en dicha tarea era siempre exacta y rayana en lo imposible. Y, por si no bastara con eso, en *La maldición de la clase hambrienta* había otro curioso elemento —podemos llamarlo técnico— que imagino que no se ha visto ninguna otra vez en la historia del teatro sueco.

El caso es que el hijo de la familia, Wesley, interpretado por Peter Stormare, en una escena especialmente memorable, debía mostrar el desprecio que le inspiraba la aburrida vida de su hermana menor orinando sobre las ilustraciones que había hecho en una reunión de scouts.

Así pues, el taller recibió el encargo de construir un chisme para simular esa acción, y poco antes del estreno llegó una construcción genial en su sencillez, consistente en un tubo y una pera de goma. El problema era que, en esa escena tan delicada, el director situó a Stormare en el proscenio, vuelto hacia el público, lo que causaba un evidente problema de credibilidad. Y cuando se vio que el dispositivo perdía tanta agua que parecía que Wesley sufriera incontinencia, sucedió lo que yo ya me estaba temiendo. Stormare dijo:

—Bah, al diablo, mearé y listo. —Y eso es lo que hizo.

Pese a que mi sentido artístico todavía no estaba nada desarrollado, me impresionó aquel don extraordinario de ser capaz, noche tras noche y durante meses, de corresponder a las intenciones del escritor y al efectismo del director, orinando sin ninguna vergüenza en el escenario, a escasos metros de la nariz de las refinadas señoras de la primera fila. ¡Qué maestría! Solo era cuestión de tiempo que terminara en Hollywood, donde se ganó una fama inmortal interpretando al silencioso y psicópata secuestrador de *Fargo*.

Lo que no estaba tan claro era dónde iba a acabar yo, pero dado que fue justamente a mí a quien se confió la tarea de aprovechar los escasos segundos de oscuridad para, de rodillas y con un trapo, limpiar a toda prisa el suelo después de este alarde de arte interpretativo, fui viendo cada vez con más claridad que mi lugar tal vez no estuviera precisamente allí.

Es posible que exagere todo lo que ocurrió entonces, que idealice mi anhelo y mi temor y recuerde solo algunas réplicas. Es posible, lo sé; pero, en efecto, era primavera y yo estaba a la vez perdido y enamorado. Además, algunas réplicas se me quedaron grabadas como lunares en la piel. No porque tuvieran un gran significado, no entonces, sino tal vez porque armonizaban con otro aspecto de mi vida.

Cuando Wesley se pone en ridículo en el proscenio, y su madre, Ella, se lamenta de que así solo empeora las cosas para su pobre hermana, él dice: «No empeoro nada. Solo le demuestro que hay otras posibilidades. Ahora tiene que hacer otra cosa. Esto puede cambiar toda la dirección de su vida. Cuando mire atrás, recor-

dará el día en que su hermano se meó en sus ilustraciones y lo considerará un punto de inflexión en su vida».

Esto ocurría en el primer acto. En el tercero, confirmando las palabras de Wesley, la hermana huye exclamando: «Me marcho. ¡Me marcho! Y nunca volveré».

Precisamente esas palabras, con la misma entonación rebelde con la que eran pronunciadas bajo el foco del teatro, solía decirlas yo en voz baja cuando, por la noche, volvía al establo con mi amigo velloso. Hacia el final de la primavera ya no podía llevar en brazos a la oveja, de modo que la llevaba con una correa, como si fuera un perro de una raza desconocida incluso en el barrio de Östermalm. Las viejas se nos quedaban mirando un buen rato, pero no nos importaba, y tramábamos nuestros planes en silencio.

Al año siguiente ya vivía aquí, en la isla, con la chica que una noche asistió a una de las funciones, sentada entre el público y envuelta en un olor particular a lana, orín y riñón a la plancha, y luego dijo que la obra era divertida y conmovedora. Era 1985 y yo tenía veintiséis años. Lo de las moscas también era una mera cuestión de tiempo.

Libros del Asteroide